

NELSON ROMERO GUZMÁN, EL POETA DE LAS DOS MÁSCARAS EN *MÚSICA LENTA*

Daniela Melo Morales

Licenciada en Lengua Castellana de la Universidad del Tolima

exiliado. En esta parte del libro se encuentra con personajes de la literatura que tienen aspectos en común: habitan en la oscuridad y a través del verso conversacional cuentan sus destinos inciertos. El verso se convierte en antítesis; es decir, el hombre desnuda a la poesía, la confronta y ante ello, la escritura se levanta para despojarlo de la catarsis.

El escritor deambula por el mundo sin patria y sin palabra.

El poeta, ensayista y profesor de literatura Nelson Romero Guzmán nació en 1962 en Ataco (Tolima-Colombia). Es profesor de la Universidad del Tolima, donde integra el Grupo de Investigación en Literatura del Tolima. Entre sus libros publicados se destacan poemarios que han obtenido premios a nivel nacional e internacional: *Rumbos* (Premio Nacional Fernando Mejía Mejía, 1992), *Surgidos de la luz* (Premio Nacional de la Universidad de Antioquia, 1999), *Obras de Mampostería* (Premio Nacional de Poesía Ciudad de Bogotá, organizado por El Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2007), *Bajo el brillo de la luna* (Premio Casa de las Américas, Cuba, 2015), y *Música lenta* (publicado en 2014 y Premio Nacional de Poesía del Ministerio de Cultura, 2015). Otros de sus poemarios son: *Grañas del insecto* (2005), *La Quinta de sordo* (2006) y *Apuntes para un cuaderno secreto* (2011). En su producción ensayística están *El porvenir incompleto*, tres novelas históricas colombianas (2012), y *El espacio imaginario en la poesía de Carlos Obregón* (2012).

Introducción

En el presente artículo se exploran las dos caras del yo poético de Nelson Romero Guzmán en *Música lenta* (2014). El poeta asesino anda al acecho de personajes ficticiales y reales en “Ceremonias” y “Música lenta”. Mientras que en “variantes” asume el protagónico de poeta

El hombre de las dos caras sin palabra y sin patria

En *Música lenta el tempo es adagio*. Marcha al compás de las piezas musicales lentas y majestuosas. Sus puertas metafóricas se abren con el prólogo ficcional de la poeta Sylvia Plath. La artista bostoniana, desde la otra orilla de la muerte, pide al poeta que renuncie a la escritura, pues su espíritu negro ha permeado sus letras, su pasado y sus ánimos homicidas apuntan a lectores y personajes literarios: “Pero quien escribe como tú, arruina. Se le debe prohibir la imprenta, escondérsele todo el papel. Mas no te enojés, no por eso la poesía te niega, aunque tú la traiciones” (Romero Guzmán, 2014, p. 9). Los poemas están bien entrelazados porque muestran un hilo coherente entre las historias versificadas y las obras o personajes mencionados, dado que obedecen a un fin: la decadencia y complejidad humana. El poema “informe Darwin” es el vivo retrato del humor negro:

Si un árbol cualquiera del bosque, el más bondadoso, me domesticara entre sus ramas, ¡qué dichosa sería la teoría de Darwin!

Con la tortuga, con el buitro, incluso con la serpiente, todo estaría bien, pero con el hombre volvería a fracasar la teoría de la evolución de las especies.

Mira, Darwin: Esos fantasmas que giran las hélices nunca dejarán de repetir el rapto de Helena.

Con estos animales tanto raros, con la cola en la cabeza.

(Romero Guzmán, 2014, p. 21)

En *Música lenta* la tonalidad pasa del tedio a la sátira y el tono burlón. El profesor de Literatura Jorge Ladino Gaitán Bayona dice: “El poeta Nelson Romero Guzmán asume con seriedad el juego de la máscara. Deja que en él surja para cada libro una voz poderosa que no es su yo

biográfico” (2014, p. 13). El lector está frente a una representación teatral y es en la oscuridad donde las máscaras crean sus artificios, puesto que están bajo sus propias leyes. El hombre de las dos caras también crítica a la ciencia porque ha intentado conceptualizar al ser humano. Sin embargo, si éste naciera de nuevo cometería las mismas acciones. La creación de este personaje da un toque distinto a la poesía colombiana:

Puerta caída de un mundo que arriba nunca pudieron cerrar; su hermosura nos cegó cuando dimos un giro en la plaza para mirar los altos portones, entonces, como una aparición de la palabra, se abrió, pero no había ningún mundo adentro, era el signo roto, vaciado, figura en sí misma y borrón de una arquitectura.

(Romero, Guzmán, 2014, p. 44)

El poema anterior se titula “Puerta 3”. Este es un homenaje al ser como memoria. Lo único que persevera del hombre en ruinas son los fragmentos de su vida y cuando parte al otro mundo, en su equipaje solo hay espacio para los recuerdos, como lo expresa Jorge Luis Borges en los versos del poema “cambridge”: “somos nuestra memoria, / somos ese quimérico museo de formas inconstantes, / ese montón de espejos rotos (1969, p. 7). Cuando Nelson Romero Guzmán vuelca la mirada hacia sí mismo haya historias, evocaciones y personajes que se asemejan en su forma de percibir la soledad, la negrura y la muerte. Es un “escritor Catoblepas” (Vargas Llosa, 1997, p. 24) porque “hurga en sí mismo, en su memoria y produce una recreación artística de su vida en totalidad o ciertos aspectos” (1997, p. 24). Él indaga en los intersticios de su pasado para “disociar, pulir, deformar el tiempo ido” (p. 24) propio y de los demás autores leídos. En el poema “Partitura” la noche es el peor aliado, no existe



la ensoñación ni la belleza, sino un hombre que desea saciar su sed de apaciguamiento y templanza:

Todo me impide ser. Se es difícilmente hombre, aquí. Me añaden a un boquete, con mi materia completan el filo del muro. Estoy herido de creencias, ignoro si el sol existe. Condenado a las penas, vomito el árbol oscuro. Me cuelgan el cencerro, debo soplar el pututú.

(Romero Guzmán, 2014, p. 38)

Estos yo poéticos entran en diálogo con la esencia del ser humano: no es lo que pasa en el exterior del lector, sino lo que vuelca en su interior. Las sensaciones que crea el lenguaje poético a través de versos agudos generan una atmósfera en la que el hombre se reinventa y re-significa en su diario vivir. Quien abra las puertas

Y en los bolsillos negrura.

Es el que me tiene a pan y agua.

Negrura.

(Romero Guzmán, 2014, p. 25).

El poemario revela dos yo poéticos que nunca desempacan sus maletas vacías, dado que “la patria siempre queda en otro sitio” (Forster, 1999, p. 12). En *Música lenta* abundan historias de seres ficcionales o fantasmas que circundan en la memoria del poeta. Estas imágenes viajan todas las noches a su imaginación y realizan su representación, como lo afirma Mario Vargas Llosa: “aquellas imágenes agazapadas en su memoria –impuestas por la vida- que activaron su fantasía, alentaron su voluntad y lo indujeron a pergeñar aquella historia” (1997, p. 22). Allí circundan voces sombrías que no creen en deidades y prefieren deambular en solitario.

El poeta asesino en “Ceremonias” y “Música lenta”

El yo poético de Nelson Romero Guzmán asume el rol de asesino serial en “Ceremonias” y “Música lenta”. En estas dos partes del poemario prima un poeta descentrado, con sed de venganza e irritado. El yo poético despoja al yo biográfico de la racionalidad y el autocontrol para dar paso al desenfreno de su espíritu insaciable. Los versos encarnan odio, bajos instintos y placer carnal. Dichos sentimientos revelan a un poeta cuyo ser obedece a dos entes: Uno externo (el demonio) y otro interno (su psiquis). Frente a estos aspectos, el psicólogo y analista criminal Jorge Jiménez Serrano afirma:

Tras el crimen, el asesino consigue cubrir las necesidades psicológicas que buscaba y obtiene unas sensaciones de poder, dominio, venganza que lo sacia. Las recreaciones llegan un momento en que no son capaces de sustituir el paso al acto de su fantasía y el asesino vuelve a matar (2014, p. 5).

El perfil psicológico de este protagonista se ajusta a los rasgos de un asesino serial. Es una

de *Música Lenta* será recibido por un poeta maldito, solo y exiliado que muere en el día y cumple una cita a sus fantasmas y demonios todas las noches:

*En mi casa vive el demonio.
Me echa negrura en la sopa,
Negrura en los zapatos*

mente que ha cometido más de tres crímenes. La dinámica criminal es la misma en la mayoría de los homicidios y cada uno ofrece un clímax. En el poema “Plagas” este asesino serial se caracteriza por ser meticuloso a la hora de ejecutar cada homicidio:

La segunda vez que escribí en mi libreta “asesino”, fue porque me metí, por incauto, al poema titulado “Doctrina y opinión de Galileo” de Bertolt Brech, y cuando transitaba por el círculo del verso No. 13, el que dice “alrededor de los obispos”, desocupé el insecticida en los ojos de aquel obispo [...] Esta mañana morí dentro de un diccionario. [...] Sólo puedo contarles que los de la Academia de la Lengua bajaron mi cuerpo de un coche y lo metieron en la palabra “Muerte”, justo me encajaron dentro de este uso de su definición: *Causa de ruina: la guerra es la muerte del comercio* [...] Sólo uno murió [...] Hay unos lectores duros de matar. A estos se les corta la respiración colgándoles un poema en el cuello, pesado como una piedra extraída de “El libro del desasosiego” de Fernando Pessoa [...] (Romero Guzmán, 2014, p. 14).

El rasgo psicológico de éste asesino serial es “dominante: mata por la sensación de poder que le produce tener en sus manos la vida y la muerte de una persona. Busca la sensación de control y poder” (Holmes y De Berger, citado por Jiménez Serrano, 2014, p. 9). Su modo operandi consiste en escribir “asesino” en su libreta, luego, hace contacto visual con su víctima y le rocía lentamente el insecticida literario hasta causar su muerte. Las víctimas se caracterizan por ser ególatras y vanidosos. El total de crímenes son cuatro por insecticida literario y uno por estrangulación: “colgándoles un poema en el cuello, pesado como una piedra extraída de *El libro del desasosiego* de Fernando Pessoa” (Romero Guzmán, 2014, p. 14). A través del verso conversacional, el primer yo poético de Romero Guzmán devela su mundo lector. Da a conocer las voces que lo han influenciado cómo otras que no tolera. Los primeros en figurar en su lista negra son Dios y sus fieles creyentes, como es el caso del poema “Lección culinaria”, en el que surge una bella y a la vez dura imagen de la divinidad:

Yo no sabía que mi madre de tanto pelar cebollas se había convertido en una envoltura de cielos transparentes; algo así como un cielo dentro de otro cielo, y éste dentro de otro. Recuerdo que no comimos, pero tampoco vimos a Dios. Ahora entiendo que la demasiada religión es la peor de las culinarias (2014, p. 11).

La “demasiada religión” (p. 11) es concebida como la fe ciega y testaruda de los creyentes, quienes esperan con paciencia que a sus vidas llegue un milagro que los salve o les brinde el amparo que nadie otorgó en Tierra. De Nelson Romero Guzmán en “Ceremonias” y “Música lenta” se puede precisar que es un asesino serial de tipo “instrumental-cognitivo: Es racional, premeditado, planificado, su asesinato tiene una intencionalidad, persigue la obtención de un objetivo” (Canter y Salfati, citado por Jiménez Serrano, 2014, p. 9). También se caracteriza por la frialdad con la que comete el crimen, no hay piedad por su víctima y no experimenta sentimiento de culpa. La música negra con todas sus piezas acentúa otra perspectiva sobre el modo en que los intereses individuales priman y los valores humanos se desvalorizan. Ayudar al prójimo y convertirse en buen samaritano hacen parte de leyendas: “no podemos creer de verdad en la felicidad y en el triunfo. Y quizá esta sea una de las miserias de nuestro tiempo” (Borges, 2001, p. 68). Cada ser humano alimenta el ego a su manera y con *Música lenta* se cuentan historias de seres desencantados que deambulan entre palabras, espacios y silencios para suscitar el hastío a la banalidad:

Toda la vida he vivido con una fiera adentro. La escritura se me ha transformado según la voracidad de sus apetitos, convirtiéndome en el dictado de sus deseos. Un día de estos le construiré una trampa mortal: el poema con dos ruedas dentadas girando sobre un molino de piedra, tan enorme que lo aplaste en mi cuarto (2014, p. 12).

En este espacio literario abundan tonalidades del tedio hacia la religión, las creencias y actitudes déspotas de los seres humanos. En el poeta

asesino al igual que en los asesinos seriales se da esta condición: “Matar les hacía sentirse vivos. Sentían un éxtasis eufórico, una ira violenta que, cuando era descargada por medio del asesinato, les provocaba una sensación de placer seguida de una sensación de calma y finalmente una sensación de alivio” (Jiménez Serrano, 2014, p. 11). El yo poético asesino camina entre fantasmas, obedece al diablo, confronta enemigos y criaturas que salen de espejos o cajas y su ejercicio escritural le permite liberar tensiones.

El poeta exiliado en “Variantes”

En “Variantes”, el yo poético de Nelson Romero Guzmán es un exiliado tanto de patrias como de palabra. Sylvia Plath lo declara en su prólogo: “quien escribe como tú, arruina” (p. 9). La palabra niega estabilidad y conduce al poeta a la ansiedad del abismo, es decir, la poesía cierra sus puertas y se convierte en verdugo.

La morada literaria es sinónimo de angustia, como lo expresa Theodor W. Adorno en *Mínima Moralia*: “Al final el escritor

no podrá ya ni habitar en sus escritos” (1987, p. 86). El poeta exiliado deja a un lado su insecticida literario y se va por el mundo a narrar la añoranza de su pasado, mofarse de ciertas situaciones paradójicas de los seres humanos y de los inventos de la ingeniería. En el poema “Puente de la Variante” cada ser anónimo sueña con el ideal perfecto para desarraigar sus males de la Tierra:

[...] Ay de los que se extraviaron en el camino y milagrosamente tomaron el rumbo a la cantina.

Ay de los que juraron haber visto a Dios y se devolvieron a fundar un templo [...]

Los crueles terminaron llamando a esta obra Puente de la Variante de Mirolindo. En lo que a mí respecta, he pasado la vida colgado de la baranda de un puente, pero no me he decidido a soltarme por temor a volar.

(Romero Guzmán, 2014, p. 63)

Dicho puente se convierte en una paradoja de la fama de los ingenieros. Más allá de la comodidad vial, brinda una herramienta suicida a espíritus desafortunados. El poeta cuenta historias que los seres comunes y con buena vista no lograrían ver porque se acostumbraron a ser miopes. Él vive invisible en un mundo de visibilidad, sin embargo, llega a cada rincón del mundo. En “Variantes”, todos son sombras que se mueven en la otra orilla espectral entre sonidos y silencios. Éste último es usado por el poeta para contemplar el panorama de los seres solitarios como él. Los ojos le brindan la posibilidad del extrañamiento y la reflexión, como lo plantea Eduardo Galeano: “sólo los tontos creen que el silencio es un vacío. No está vacío nunca el silencio. Y, a veces, la mejor manera de comunicarse es callando” (2012, p. 5). Es por medio de la música lenta que estos seres se mecen entre tormentas y evocaciones.



Ellos viven al acecho del yo poético de Nelson Romero Guzmán para alcanzar su cometido, sin embargo, todos coinciden en el punto final del destino:

Este último tramo del viaje lo hacemos en el tren despedazado, hasta que en sus vagones nos llega la hora de morir la muerte más cierta, / la más acabada: todo se descarrila sin remedio, y por mucho que soñemos colectivamente nos damos cuenta que hemos llegado a la estación última, a estos campos donde por fin los sueños tienen final

(Romero Guzmán, 2014, p. 52).

En estos versos los personajes mueren en la vida real y en sus sueños. Nelson Romero Guzmán por fin ha llegado a un lugar: la estación de tren del mundo fantástico y de la memoria. Las tonalidades espectrales se escuchan más fuertes en el poemario cuando el hombre de las dos caras canta: “no somos de ningún lugar y por eso, nos dicen, siempre estamos dispuestos a hacer el equipaje” (Forster, 1999, p. 11). El yo poético de Nelson Romero Guzmán es un errante de tinte sombrío, un árbol sin raíces.

Apuntes finales

En *Música lenta* hay variedad en los versos. En el libro se encuentran desde poemas conversacionales hasta los de enorme riqueza metafórica que también problematizan al ser y su dolor universal, tal como se encuentra en el poema “Puerta 2”: “Detrás de esta puerta / hay unos geranios / nevándose, / hay un hombre / al que le llueven lágrimas de los testículos /” (Romero Guzmán, 2014. p. 43). Para este

poeta las palabras tienen una fina plasticidad que se transforman en ráfagas de mordacidad y crítica. Además, sus versos están lejos de convertirse en discurso filosófico, emotivo o panfletario. El poemario está lleno de matices y sus historias van desde un *Fortissimo* hasta un *pianissimo*. Al respecto, Jorge Luis Borges dice: “no creo que los hombres se cansen nunca de oír y contar historias. Y si junto al placer de oír historias conservamos el placer adicional de la dignidad del verso, entonces algo grande habrá sucedido” (2001, p. 79). Esta forma de contar historias redime la imagen poética de la muerte. Los versos de Romero Guzmán poseen una forma equilibrada entre la metáfora, el tono conversacional y las referencias literarias. La puesta en escena se mueve en medio de voces espectrales y su humanidad desencantada.

El hombre de las dos caras desnuda y desenmascara a la poesía. Esta se rebela y exige no ser escrita por el poeta. La lírica de Nelson Romero Guzmán trasciende de la palabra a los objetos y emociones cotidianas. Una cebolla, un violonchelo, una libreta o un libro no son sólo artículos que las personas usan en su diario vivir. Por medio de la fantasía creadora, da vida a objetos minados de humanidad, rabias, recuerdos y tintes de locura. La belleza de este poemario es que crea dos máscaras para alcanzar una misión: “contar historias en las que podíamos encontrar todas las voces de la humanidad” (Borges, 2001, p. 61). De esta manera el lector también hace un viaje por la poesía y la música de quienes dedican su destino al desencanto. La mente de Nelson Romero Guzmán nunca descansa, puesto que siempre hay alguien que rasguña sus recuerdos para no terminar en el olvido.

Referencias bibliográficas

- ADORNO, W. THEODOR. (1987). *Mínima Moralia. Reflexiones desde la vida dañada*. Madrid: Ediciones Santillana.
- BORGES, JORGE, L. (2001). *Arte poética*. Barcelona: Editorial Crítica S. L.
- BORGES, JORGE. L. (1969). *Elogio de la sombra*. Buenos Aires: Editorial Emecé.
- FORSTER, RICARDO. (1999). *El exilio de la palabra*. Argentina: Editorial universitaria de Buenos Aires.
- JIMÉNEZ SERRANO JORGE. (Enero-Marzo 2014). Asesinos en serie: Definición, tipologías y estudios sobre esta temática. Revista *Gaceta internacional de ciencias forenses*, N° 10. RECUPERADO DE: [HTTP://WWW.UV.ES/GICF/3R1_JIMENEZ_GICF_10.PDF](http://WWW.UV.ES/GICF/3R1_JIMENEZ_GICF_10.PDF)
- GALEANO, EDUARDO. (2012). los días de Galeano, entrevista 1. Argentina. Recuperado de: http://www.encuentro.gov.ar/sitios/encuentro/programas/ver?rec_id=103309
- GAITÁN BAYONA, JORGE L. (2014). Nelson Romero Guzmán y la écfrasis en la actual poesía colombiana. *Memorias digitales de las Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana. JALLA Costa Rica*. Recuperado de: <http://www.jallacostarica2014.una.ac.cr/index.php/repository/functionstartdown/25/>
- GUZMÁN ROMERO, N. (2014). *Música lenta*. Bogotá: Fundación arte es Colombia.
- VARGAS LLOSA, M. (1997). *Cartas a un joven novelista*. Madrid: Editorial Planeta.